

viesen su hacienda; y al conde Montagudo creo que habreis escrito, que quizá por allí habria mas aparejo.»

Como para nosotros la moral es la misma en todos los tiempos, y los crímenes que ella reprueba no pueden jamás justificarse por que sean cometidos con frecuencia y por muchos, no podemos dejar de condenar severamente tales medios, fuesen extranjeros ó españoles, reyes ú otros cualesquiera los que los empleasen.—Vamos ya al sitio de Leyden.

Estrechado por Francisco Valdés este baluarte de los rebeldes de Holanda, que defendia Juan Duse, señor de Nortwick, despues de tres meses de continuados combates para apoderarse los nuestros de las villas, aldeas y castillos del contorno, y para erigir fuertes á las bocas y orillas de tantos rios, lagunas, canales y acequias como cruzan aquel país, á fin de impedir todo socorro á la ciudad; acosados ya del hambre los sitiados, sin que les sirviera hacer salir las mujeres y los niños, porque los nuestros los obligaban á volver á entrar (1); contándose ya seis mil personas las que habian muerto de necesidad, porque hasta las criaturas morian en el vientre de sus madres por falta de alimento de estas; reforzadas las banderas de los sitiadores con los tercios viejos de España ya pagados y con quince banderas de esguizaros que habian podido reclutarse; frustrado el intento de los rebeldes de entrar en pláticas con el conde de la Roche que gobernaba á Holanda por muerte del señor de Noirquermes y se hallaba en Utrecht; en tal aprieto y extremo, la vispera ya de ser asaltada la ciudad por los españoles, habiéndose entendido con los de fuera por medio de palomas-correos como en el sitio de Harlem, unos y otros acordaron recurrir á un expediente desesperado, y tan extraño y singular, que ciertamente no le podian esperar ni imaginar los españoles.

Determinaron, pues, aquellos hombres pertinaces anegar en agua todo el país y convertir toda la tierra de Holanda en un mar. Abrieron al efecto las esclusas, rompieron por diez y seis partes los diques del Issel y del Mosa, y dieron entrada á las mareas del Océano (agosto, 1574), inundando las campiñas de Delft, Rotterdam, Isselmonde y Leyden, aquellas campiñas que los laboriosos holandeses por medio de la obra maravillosa de sus diques habian logrado como robar al mar y á los rios (2). Sorprendidos los españoles con aquella especie de nuevo é inesperado diluvio, dedicáronse á cerrar algunas aberturas, mas nada lograban con esto. Al paso que avanzaban las aguas, terribles auxiliares de los sitiados, retirábanse aquellos donde podian ponerse á cubierto de la inundacion, haciendo trincheras, cavando la tierra con sus mismas dagas y espadas, y llevándola en los petos y morriones. Los enemigos iban abriendo otros boquetes en los diques: pero lo extraordinario y lo imponente del espectáculo fué ver aparecer por entre las poblaciones y los árboles de la campiña la armada de los rebeldes que venia de Flesinga al mando del almirante Luis de Boissot, en número de ciento setenta bajeles, bogando por encima de los prados y tierras labradas (septiembre). Las naves eran chatas y sin quilla, y cada una llevaba dos piezas de bronce á la proa, y otras seis mas pequeñas á cada costado, con competente número de remeros, y sobre mil doscientos hombres de guerra entre todas, con dos compañías de gastadores para abrir los diques donde fuese necesario, y atrincherarse en los que fuese menester. La vista de

cada para los rebeldes que dentro de cierto plazo se presentasen y volvieran á la obediencia de su soberano, de que hicimos mérito mas arriba.

(1) «Cortando (dice don Bernardino de Mendoza) las faldas de las sayas á las mujeres por encima de las rodillas, que era la pena que se les daba.»—Comentarios, folio 247.

(2) El P. Estrada dice que la causa de no haberse verificado el asalto y de haber dado lugar á este suceso fué haberse entretenido Francisco Valdés en un convite que la vispera le dió una señora de la Haya que le tenia cautivado el corazón y á quien visitaba frecuentemente durante el asedio, con la cual, añade, se casó despues. Que esta señora, estando los dos á la mesa, le rogó con lágrimas ahorrarse á la ciudad de Leyden los horrores de la matanza que habria de seguir al asalto; y que el general español, confiado en que la ciudad infaliblemente habria de rendirse por hambre, no tuvo dificultad en mostrarse galante con su dama y condescender con su ruego, seguro de captarse su gratitud como amante sin dejar de lograr su objeto como soldado. Sobre estos amores y sobre este hecho guarda silencio don Bernardino de Mendoza.

una armada navegando por los campos y por en medio de lugares y arboledas, seria sin duda sorprendente y pintoresca; pero los españoles debieron conocer entonces que no era posible subyugar un pueblo que hacia tan gigantescos esfuerzos.

Mas no por eso cayeron todavía de ánimo. Defendiáanse bravamente de la artillería de las naves en las aldeas, en los fuertes, en las trincheras, en todos los sitios á que no hubiera llegado la inundacion, hasta que la avenida de las aguas, impulsadas por un viento favorable á los rebeldes, los obligaba á buscar otro puesto en que atrincherarse, retirándose en direccion de Harlem y la Haya. Multiplicáronse las luchas y los reencuentros en aquel mar de tierra: condujéronse heroicamente capitanes y soldados haciendo gran daño en los enemigos, á pesar de las máquinas, y los garfios y otros instrumentos que estos llevaban para ofender. Habia subido el agua sobre la llanura dos piés y medio mas de lo que necesitaban los bajeles segun su forma de construccion para poder navegar libremente hasta acercarse á los muros de Leyden, cuya ciudad fué de este modo socorrida, y á este recurso debieron los rebeldes de Holanda su salvacion. El conde que los de la armada mostraban contra los católicos era grande. En sus sombreros llevaban unas medias lunas con esta divisa: *Antes el turco que el papa* (3).

Á este contratiempo siguió otra sublevacion de los soldados españoles á causa de no haberles tocado participacion en el dinero que para pagar las demás tropas envió de Bruselas el comendador por medio del capitán Pedro de Paz, que habia ido á comunicarle la noticia del socorro de Leyden. Tambien esta vez nombraron su electo y sus jefes, y prendieron á Francisco Valdés, segun algunos, atribuyéndole haberse dejado sobornar de los enemigos por dinero, accion de que no era capaz y de que se justificó plenamente aquel esforzado caudillo. Obligaron los amotinados al señor de Hierges, que habia sucedido al conde de la Roche en el gobierno de Holanda, á que les franqueara paso, y marcharon á Utrecht, donde fueron rechazados por la guarnicion española del castillo, muriendo muchos de ellos en las calles, y otros subiendo ya las escalas. Allí los encontró Juan Osorio de Ulloa, que llevaba orden del comendador mayor para pagarlos en Maestricht, con lo cual volvieron á reconocer y á obedecer á sus antiguos jefes. Pero esta rebelion no duró menos de un mes: sistema lamentable que habian tomado los soldados españoles para cobrar sus pagas. Por orden del comendador mayor se alojaron para invernar en Termonde y otras villas de Brabante, haciendo lo mismo la caballería, y quedándose las demás tropas de alemanes, walones y esguizaros en los fuertes y presidios que ocupaban.

Mantenan los orangistas relaciones y pláticas secretas con los de Amberes, ciudad que se habia mostrado siempre desafecta al monarca y á la dominacion española; y faltó poco para que en este invierno estallara una conspiracion entre los de dentro y los de fuera, de acuerdo tambien con su armada, que felizmente fué descubierta, y castigados algunos de los que se hallaron mas culpables.

Hallándose con este motivo el comendador mayor en Amberes, llegó allí el conde de Schwarzenberg enviado por el emperador Maximiliano II para ver de poner término á la guerra de los Países Bajos, reconciliando á los disidentes con el monarca y con el gobierno español. Nombráronse al efecto comisarios de ambas partes, los cuales se reunieron en Breda á conferenciar y tratar del concierto. Pero de esta negociacion no se sacó otro fruto que el desengaño y el convencimiento de no ser posible por entonces la paz. Frustrado pues el objeto de su mision, volvióse el conde á Alemania, los comisarios regresaron á sus respectivos campos, y el comendador, entrado ya el año 1575, resolvió continuar la guerra en Holanda; aprestó artillería, municiones y vituallas, dió sus órdenes al gobernador de la provincia señor de Hierges, y envió las banderas de don Fernando de Toledo y de Francisco Valdés la vuelta de Utrecht, Amsterdam y Harlem.

La campaña de 1575 en Holanda fué mas próspera á las

(3) Mendoza, Comentarios, libro XII.—Estrada, Guerras, Década I, libro VIII.—Cabrera, Hist. de Felipe II, lib. X, c. 21.

armas españolas que la del año anterior. Buren, plaza fuerte aunque no grande, fué atacada con brio, batida con catorce piezas, tomada por asalto y saqueada por nuestras tropas, bien que con pérdida de algunos de nuestros mas valerosos capitanes. La isla de Finart fué resueltamente acometida, teniendo que arrimarse los soldados de la coronelia de Mondragon al dique en la baja marea, descalzos y con el agua casi á la cintura, con unas alforjitas al cuello, en uno de cuyos senos llevaban la racion para dos dias, y en el otro un saquito de pólvora cada uno, despreciando el fuego que desde los navios y á tiro de piedra les hacian los enemigos. La toma de aquella isla fué el merecido fruto de este arrojo de los españoles (julio). Reforzado por el comendador el ejército de Holanda, y dividido en tres cuerpos para ofuscar al enemigo sobre sus planes, dirigióse uno de ellos á sitiar á Oudewater, poblacion de quinientas casas, pero muy defendida por torreones, gruesos terraplenes, anchos fosos, y circundada de lagunas, canales y pantanos. Con indignacion vieron los españoles á los de la villa sobre la muralla haciendo mofa y escarnio de los ornamentos é imágenes de las iglesias que allí habian llevado para provocar é insultar á los católicos, no creyendo que á tal desacato le habria de llegar su castigo. Mas con tal manera y con tal vigor y habilidad supo el señor de Hierges vencer las dificultades del asedio, y colocar las baterías y dirigir el ataque, y tan denodadamente dieron sus tropas el asalto, despreciando las balas de cañon, las piedras, la pez y el plomo derretido que de dentro les arrojaban, que entrada la villa no llegaron á veinte hombres los que dejaron con vida, ni del incendio que pusieron á la poblacion se salvaron sino las iglesias (julio, 1575), vengando así el insulto de los herejes y el escarnio y profanacion de los objetos sagrados.

Pasado luego á Schvnhouven, villa bien murada, situada en terreno pantanoso, y donde llegan las mareas en creciente, colocáronse las baterías, que hubo que mudar por haber roto los enemigos los diques (agosto, 1575). Fué tambien necesario hacer un puente sobre el Rhin, clavando gruesos y largos tablones sobre dos navios. Batida al fin la villa con veintiseis piezas, entregóse á condicion de salir sus defensores con banderas y cajas, lo cual les fué otorgado, porque aquella poblacion era generalmente católica. Dejando alguna guarnicion en la villa, se procedió á tomar varios fuertes que los rebeldes tenian orillas del Whaal, del Lick y del Mosa, y ejecutadas con éxito feliz estas operaciones, dividió el de Hierges el campo, enviando á Brabante los tercios de Julian Romero y de Valdés, con varias banderas walonas y alemanas, donde las reclamaba el comendador mayor para otra empresa que meditaba sobre Zelanda, una de las mas temerarias que han podido concebir los hombres (1).

Persuadido en efecto Requesens de que mientras España no tuviera la superioridad del mar en aquellas provincias, no era posible reducir las ni acabar la guerra, y deseando tener en ellas algun puerto para cuando llegase la armada española, determinó emprender la conquista de algunas islas de Zelanda, y principalmente la de Zierickzée, que es su capital. La empresa era ardua y peligrosísima, mirada por algunos como imposible, á causa de estar las poblaciones zelandesas en islas que forman el Mosa y el Escalda, é invadidas en las mareas por las aguas del Océano que se mezclan y confunden con las de los rios formando brazos de mar. Pero habiéndole dicho algunos prácticos que podian vadearse, hizo el comendador construir en Amberes treinta galeras y bastantes pontones y barcas pequeñas de remos, juntó artillería, municiones y víveres, y mandando que los siguiesen Chiapin Vitelli, Sancho Dávila, los coroneles Mondragon, Osorio de Ulloa y otros capitanes, con la gente que dijimos habia llamado de Holanda, partió de Amberes con tres mil soldados, doscientos gastadores y cuatro compañías de caballos, y llegó el 28 de setiembre (1575) al canal que separa la isla de Philipsland. Hizo á Sancho Dávila almirante de las galeras: encomendó la gente de tierra al coronel Mondragon como gobernador de Zelanda,

y le mandó guiar los walones y alemanes; puso los españoles á cargo de Juan Osorio de Ulloa, y ordenó á estos que vadearan aquel brazo de mar, siguiéndoles los gastadores.

La operacion era arriesgadísima, y bien se necesitaba para acometerla de ánimos esforzados. Pero dió el primero el ejemplo Juan de Osorio, imitándole luego resueltamente oficiales y soldados en número de mil quinientos, marchando primero en barquillas, despues, cuando llegaron á la punta de la isla, á pié por entre agua y lodo, medio desnudos, y llevando las espadas, arcabuces y picas levantadas en alto. Llegábales el agua al principio á las rodillas, despues á la cintura, y mas adelante hasta el pecho, y tenian que atravesar por entre dos filas de navios enemigos á tiro de arcabuz. «¿Dónde vais, malaventurados, les decian desde las naves, que os hacen ir como perros de aguas, y hacer de vuestros cuerpos trincheras y cestones?» Y descargaban sobre ellos cañones y arcabuces, y les echaban palos con cadenas y garfios para amarrarlos á los navios. Ellos sin embargo seguian animosos. La marea crecia ya, y el agua les llegaba á las gargantas. Nadaban unos, morian otros de los tiros, otros se ahogaban, y aun cuando arribaron muchos al dique, de los doscientos gastadores solo se habian salvado diez.

Allí les esperaban nuevos peligros. Aguardábanlos en el dique los enemigos armados; mas ya no era posible retroceder, y determinaron vender caras sus vidas. Juan Osorio de Ulloa, invocando al apóstol Santiago, los arremetió con los veteranos españoles, y espantados los rebeldes de tanta audacia y resolucion, abandonaron con admirable cobardía la trinchera, recogiendo á los fuertes inmediatos, muriendo entre ellos Mr. de Boissot, uno de los jefes de los franceses sus auxiliares. Llegaron luego Sancho Dávila y el coronel Mondragon con sus galeras y naves de remos, y unidos á aquellos hombres como resucitados de entre las olas, fueron tomando uno tras otro hasta seis fuertes que los rebeldes tenian en la isla de Duiveland (2).

Despues de este triunfo, que parecia sobrehumano, dejadas las suficientes tropas en Duiveland, vadearon con igual arrojo el canal de un cuarto de legua que separa la isla de Schouwen, donde está la ciudad de Zierickzée, objeto principal de la expedicion. Á ella se acogieron sobresaltados los rebeldes de la isla, despues de incendiar la aldea de Brouwershaven, en cuyo puerto, de que los nuestros se apoderaron, podian anclar hasta trescientas naves. Algunas de las fortalezas que los zelandeses tenian en aquellos diques eran abandonadas; otras fueron defendidas con gran teson y esfuerzo, alguna de ellas costó á los españoles repetidos asaltos en que murieron algunos de los mas bravos capitanes: pero nada arredraba á aquella gente, que así menospreciaba la vida en los boquetes de las murallas como entre el fango de las lagunas y entre las olas del Océano, y rendidos aquellos fuertes pasaron á sitiar á Zierickzée, donde los rebeldes se habian recogido como en su último atrincheramiento.

El comendador mayor, despues de dejar establecido el bloqueo de aquella plaza (que sitio no pudo ser, porque ya los enemigos habian inundado sus contornos con las roturas de los diques), volvió á Amberes y Bruselas á atender á las cosas del gobierno, y de allí escribió al rey pidiéndole enviase algunos navios de Vizcaya para reforzar los que quedaban delante de Zierickzée. En Holanda habian tomado los orangistas el fuerte de Krimpen, que defendia el maestre de campo don Fernando de Toledo, y en Brabante se amotinó otra vez la caballería ligera española en reclamacion de sus pagas, desorden que indignó mucho al comendador, y contra el cual le fué preciso tomar fuertes medidas hasta reducir los sublevados á la obediencia.

Allá en Zierickzée continuaban Sancho Dávila, Mondragon y Ulloa, en el corazon del invierno, luchando al mismo tiempo contra los elementos y contra los fuegos de la plaza y de la armada enemiga; sin desfallecer nunca, ni aun con la desgracia de la muerte del valeroso maestre de campo Chiapin Vitelli, uno de los mas entendidos y de los mas ilustres

(1) Don Bernardino de Mendoza dedica todo el libro XIII de sus Comentarios á la relacion minuciosa de la campaña de 1575 que acabamos de reseñar.

(2) Mendoza, Comentarios, libro XIV, c. 1 al 6.—Estrada, Guerras de Flandes, Déc. I, lib. VIII.

generales de Carlos V y de Felipe II. Prolongábase el sitio, y en la primavera de 1576 llegó el mismo príncipe de Orange con la armada de Holanda en socorro de los de Zierickzée, pero rechazó heroicamente el coronel Mondragon, y en uno de los navíos rebeldes que encallaron murió el almirante de la armada enemiga Luis de Boissot, el mismo que cerca de dos años antes había socorrido á Leyden. Con estos dos contratiempos comenzaron á desfallecer los de la plaza. Una mañana (la del 21 de junio, 1576) apareció en el campo español una vara clavada en tierra con un billete en la punta. Habíala clavado de noche un soldado de la villa. Abrióse el billete, y se vió que decía, que si el coronel Mondragon les permitía salir con armas, banderas y bagajes, le entregarían la plaza. Otra vara con otro billete les anunció la respuesta de Mondragon, que era la de aceptar la proposición, pero añadiendo á ella que habían de pagar 200,000 florines. Admitida por los rebeldes, hicieron entrega de la villa (2 de julio), saliendo con ocho banderas y mil cuatrocientos soldados, y haciendo su entrada en ella los victoriosos españoles despues de nueve meses de trabajos y de padecimientos (1).

Desgraciadamente no le alcanzó la vida al comendador Requesens para gozar del triunfo de las armas españolas en Zierickzée. Una enfermedad de que adoleció en Bruselas había acabado con los días de aquel esclarecido guerrero (5 de marzo, 1576), sin darle siquiera tiempo para nombrar el gobernador que le había de sustituir conforme á las instrucciones que tenia de Felipe II. Quedó, pues, el gobierno de Flandes en manos del Consejo de Estado hasta que el rey otra cosa dispusiese. Proponía el pontífice Gregorio XIII al monarca español que diera el gobierno de aquellos Estados á su hermano don Juan de Austria, nombrado ya por el papa general de la expedición que había de ir á Inglaterra, y de que hablaremos mas adelante. Pero antojósele mejor á Felipe el consejo de los que le persuadían que gobernarían con mas interés y acierto á Flandes los flamencos mismos, y que las provincias lo agradecerían tambien mas y se someterían mejor. Equivocóse en esto el rey; porque no todos los consejeros flamencos eran adictos á España, y formáronse pronto entre ellos dos bandos, llamado el uno de *Hispanienses*, y el otro de *Patriotas*, y es de suponer á cuál de los dos se inclinaria naturalmente el pueblo. El mismo príncipe de Orange se correspondía con algunos del Consejo, y las provincias aparentaban disposición á someterse con tal que salieran de los Estados las tropas extranjeras.

Otro motín de los soldados españoles de Zierickzée contribuyó á removerlas de nuevo. Habíase dispuesto despedir, y por lo mismo pagar las banderas alemanas del conde Hannibal, y como los españoles de la coronelia de Mondragon viesan que no se hacia cuenta con ellos para las pagas, alzaronse en rebelion, y uniéndoseles algunas banderas del tercio de Valdés, viniéronse á Flandes, apoderáronse de Alost, alteróse Bruselas, y como Requesens en sus últimos días había cometido la indiscrecion de armar los pueblos para sujetar la caballería amotinada, valiéronse de aquella licencia, y con color de temer otras rebeliones de soldados, tomaron tambien las armas las ciudades, consintiendo ó tolerándolo el Consejo y alentándolas algunos señores y diputados. No sin razon se miraban con desconfianza unos á otros. Menester les fué á los generales y caudillos españoles obrar por sí mismos y reunirse en Amberes, donde acudió tambien desde Holanda don Fernando de Toledo con sus banderas, teniendo que batir en el camino al paisanaje que halló ya sublevado y trató de embarazarle la marcha. Sancho Dávila tuvo agrias contestaciones con el Consejo. Este pregonaba por rebeldes á los amotinados de Alost, y los de Amberes juntaban dinero para pagarles, pero ellos no se contentaban con menos que con percibir todas las pagas. El Senado escribía al rey que ya no bastaba su autoridad á reprimir el odio de los pueblos contra los españoles, «y que no había en las tiendas oficial, ni en los campos

(1) Mendoza, Comentarios, libros XIV y XV.—Estrada, Guerras, Década I, lib. VIII.—Bentivoglio, Guerras civiles de Flandes.—Cabrera, Hist. de Felipe II, lib. X y XI.

labrador que no se apresurase á comprar morriones y arcabuces.»

Algo detuvo el rompimiento la noticia de haber sido nombrado gobernador de Flandes don Juan de Austria. Pero tambien el príncipe de Orange trabajaba activamente aprovechando aquellas disensiones, exhortando á los diputados de Brabante y Henao, á algunos consejeros y otros señores flamencos á que acabaran de declararse contra los españoles. Y hasta tal punto lo consiguió, que una mañana Guillermo de Horn, señor de Heeze, ayudado del preboste de Brabante Glimmeu, y llevando consigo gente armada, se dirigieron al palacio del Consejo en Bruselas, y apoderándose del conde de Mansfeld, de Berlaymont, del presidente Viglio, de Cristóbal de Assonville, de Luis del Rio, y de todos los que apellidaban Hispanienses, los redujeron á prision poniéndolos con buena guarda en algunas casas. A Luis del Rio, el mas realista de todos los consejeros, le enviaron á Zelanda á poder del príncipe de Orange. Nombraron por general de Brabante al duque de Arschot, Felipe de Croy: se convocó los estados generales de las provincias; se publicó un edicto tratando á los españoles como rebeldes, y se mandó que se armaran todos los pueblos, con multas á los individuos que rehusaran tomar las armas.

Fué admirable la rapidez con que se hizo esta revolucion. Nobles, prelados, diputados y pueblos de las provincias de Brabante, Henao, Artois; Flandes, Holanda y Zelanda, á excepcion del Luxemburgo, todos se aunaron para expulsar los españoles y sacudir su dominacion. Reunidos los estados generales en Gante, á pesar de conservar los españoles la fortaleza de la ciudad, adhirieron á la Liga aun muchos de los que hasta entonces habían pasado por adictos al rey, y además del armamento general que decretaron, pidieron auxilios á Inglaterra y á Francia. Así se desbordaron aquellos Estados contra España tan luego como faltó la autoridad militar superior española que los enfrenaba, al modo de las aguas de un torrente cuando se rompe el dique que las tiene comprimidas. Las tropas españolas de infantería y caballería en disposición de obrar no pasaban de seis mil hombres: ocupaban estas varios castillos y pocas ciudades: partidas sueltas ya no podían andar por el país sin peligro de ser arrolladas por el paisanaje armado, y había grandes dificultades para las comunicaciones. Los españoles amotinados persistían en Alost sin haber medio de reducirlos. El coronel Mondragon estaba como preso por los suyos en Zierickzée: Sancho Dávila y Francisco Valdés se fortificaban en Amberes, Julian Romero en Lierre, y Francisco de Monteb de Oca no se contemplaba seguro en Maestricht; y en efecto, aconteció que las banderas de alemanes que la presidían se declararon en favor de los Estados, arrojaron los españoles al arrabal, y costó despues recios combates, á que ayudaron don Fernando de Toledo y don Martin de Ayala, volver á dominar la ciudad.

La guerra ardía por todas partes. Diez y seis provincias se hallaban alzadas: las tropas alemanas y waloñas abandonaron la causa de España y siguieron la voz de los Estados; y sin embargo los caudillos españoles Julian Romero, Alonso de Vargas, Martin de Ortaez, don Bernardino de Mendoza, el autor de los Comentarios de estas guerras, y otros valerosos capitanes sostenían con heroico teson aquella lucha tan desigual, haciendo no poco daño á los sublevados. Ejemplo admirable, aunque funesto, de obstinacion y terquedad ofrecían entre tanto los mil doscientos españoles amotinados, permaneciendo inmóviles en Alost, sin decidirse por unos ni por otros, resistiendo á todos, y fijos allí mientras no se acabara de satisfacerles todos los atrasos de sus pagas. Y no se movieron hasta que vieron en peligro la ciudad de Amberes.

Las fuerzas de los rebeldes habían cargado casi todas sobre esta importante y populosa ciudad, siempre animada de mal espíritu hácia los españoles. Mas de ninguna manera hubieran podido entrar estando en la fortaleza el esforzado Sancho Dávila, si el gobernador Champagne y el conde de Everstein que la gobernaban y presidían con banderas alemanas y waloñas, y con quienes los rebeldes estaban en inteligencias, no les hubieran franqueado la entrada faltando á todos sus deberes y á la palabra empeñada con el caudillo español (octubre,

CAPÍTULO XV

FLANDES

Don Juan de Austria.

DE 1576 Á 1578

Lo que hizo don Juan de Austria despues de la conquista de Túnez.—Su conducta en las alteraciones de Génova.—Formidable armada turca sobre Túnez y la Goleta.—Piérdense estas dos importantes plazas: por qué causas, y por culpa de quiénes.—Lo que entre tanto hacia don Juan de Austria.—Viene á España.—Regresa á Italia.—Planes y tratos de don Juan y del pontífice sobre Inglaterra y sobre Escocia.—Es nombrado gobernador y capitán general de Flandes.—Viene á España contra el gusto del rey.—Recibe instrucciones y va á Luxemburgo.—Tratado de paz con los Países Bajos.—El edicto perpetuo.—Evacuan los Estados de Flandes los españoles.—Sentimiento de las tropas.—Maquinaciones contra don Juan, y peligros que este corre.—Retírase á Namur.—Renovacion de la guerra.—Vuelven los tercios españoles á Flandes.—El príncipe Alejandro Farnesio.—El príncipe de Orange y el archiduque Matías.—Batalla y triunfo de don Juan de Austria en Gembloux.—Conquistas de don Juan en Henao.—Toma de Limburgo por el príncipe de Parma.—Providencias del rey don Felipe.—Nuevo edicto.—Medios que empleó el de Orange para malquistar á don Juan de Austria con su hermano.—Planes de casamiento de don Juan.—Envía á Madrid al secretario Escobedo.—Fingida amistad entre Escobedo y Antonio Perez.—Asesinato de Escobedo.—Sentimiento de don Juan de Austria.—Tropas alemanas y francesas en auxilio de los flamencos.—Va á encontrarlas el ejército español.—Conducta heroica del príncipe Farnesio.—Conspiracion descubierta contra la vida de don Juan de Austria.—Confesion y castigo de los asesinos.—Enferma don Juan.—Su muerte.—Llanto de todo el ejército.—Pompa fúnebre.—Elogio de sus virtudes.—El príncipe de Parma Alejandro Farnesio nombrado gobernador de Flandes.

En los casos extremos, y cuando amenazaba un grave peligro ó estaba á punto de perderse un Estado, era cuando Felipe II recurria á su hermano don Juan de Austria, y confiaba á su valor y talento las mas arduas empresas y las causas que parecían mas desesperadas, como quien le creia capaz de enderezar lo que por desaciertos ó faltas ó mala fortuna de otros parecia de difícil y casi imposible remedio. Si crítica era la situación del reino de Granada en 1570, cuando Felipe confirió á su hermano el mando en jefe en la guerra contra los moriscos, éralo mas todavía la de los Países Bajos en 1576, cuando le encomendó el gobierno y capitanía general de los Estados de Flandes, en que diez y seis provincias se habían alzado contra la dominacion de España, no quedando sino una que no hubiera entrado en la general sublevacion, y no poseyendo las tropas españolas sino contadas y esparcidas fortalezas, y la ciudad de Amberes, merced á un esfuerzo extraordinario de nuestros bravos caudillos y capitanes.

Pero antes de seguir al vencedor de los moriscos y de los turcos en este nuevo teatro en que por primera vez se presentaba, cúmplenos informar á nuestros lectores de lo que había hecho don Juan de Austria desde que en el capítulo XIII le dejamos en Nápoles de regreso de la gloriosa y rápida conquista de Túnez y Biserta que había hecho á los moros.

Deseaba don Juan volver á España, y pedir personalmente y de palabra al rey el tratamiento de infante de Castilla, que tenia sobradamente merecido, y que todos le daban menos su hermano. Con este objeto había llegado ya al puerto de Gaeta (16 de abril, 1574), pero hallóse allí con un correo del rey don Felipe que le llevaba la orden de pasar á Lombardia, así para atender á las revueltas y alteraciones que agitaban entonces la república de Génova, como para estar á la vista de lo que intentaran los franceses contra España en Génova y en Flandes. Partió pues don Juan en virtud de este mandato, primero al golfo de la Especia y despues á Vegeven. Andaba en efecto la señoría de Génova sobremanera alterada y dividida en bandos, siendo los principales los que formaban la antigua y la nueva nobleza, aspirando una y otra al gobierno de la república. Denominábase el bando de los antiguos nobles el del *Portal de San Lucas*, el de los modernos del *Portal de San Pedro*. Correspondía al rey de España desde el emperador Carlos V el protectorado de aquella república. La antigua

1576). Iba de jefe principal de los flamencos Felipe de Egmont, hijo del célebre conde de Egmont, el ajusticiado por el duque de Alba, ardiendo en deseos de vengar la muerte de su padre. En tal conflicto convocó Sancho Dávila á todos los capitanes españoles, y todos acudieron, incluso los amotinados de Alost, que oyendo todavía la voz de la patria corrieron á salvar á sus compañeros, y no hallando barcas en que pasar, lo hicieron muchos de ellos á nado, y de noche, jurando que en ninguna parte habían de cenar sino dentro de la ciudad despues de rendida. Y fué así, que sin tomar otra cosa que un trago de vino para vigorizar su cuerpo, que su espíritu no lo necesitaba, aquellos impertérritos veteranos fueron los primeros á arremeter y cerrar con las trincheras enemigas.

Diéronse serios combates entre los de la ciudad y los de la fortaleza. Arrollando los españoles, con el coraje que da el enojo de la ofensa, los reparos y atrincheramientos de los rebeldes, se llevó la lucha á las calles, donde ya pudo obrar la caballería de Vargas y de Mendoza. Tal fué el pavor que se apoderó de los enemigos, que hubo hombre de armas que huyendo de la compañía de caballos de Pedro de Tasis se arrojó con armas y caballo desde la muralla y terraplen de Osterweel al foso lleno de agua, de donde le sacó el caballo hasta ponerle en salvo. No fué tan feliz el conde de Everstein, que al querer saltar á una barquilla resbaló el caballo y dió con él en el agua, donde se ahogó, expiando así su deslealtad. Quemaron los españoles el magnífico palacio de ayuntamiento (*Hotel de Ville*), con ochenta casas de las mas contiguas y principales. Muchos enemigos murieron abrasados ó entre sus ruinas; muchos mas perecieron ahogados en el Escalda al querer ganar los bajeles, en los cuales se embarcaron los que pudieron, no parando hasta Zelanda, á incorporarse con el príncipe de Orange. El joven conde de Egmont fué hecho prisionero con varios otros magnates por el maestre de campo Julian Romero en la abadía ó convento de San Miguel. Todos los historiadores, así españoles como flamencos, afirman contentes haber muerto en esta terrible lucha sobre seis mil soldados, españoles muy pocos, bien que entre ellos algunos ilustres y briosos capitanes.

No fué posible enfrenar la soldadesca, ni contener sus manos, y la ciudad sufrió tres días de horrible saqueo. Gente necesitada y desesperada al mismo tiempo, sació cuanto pudo su rabia y su codicia en aquella riquísima ciudad, emporio de las mercancías de Europa, siendo mas lamentable que extraño que entraran, como dice un historiador, ellos pobres en la ciudad rica, y que salieran ricos dejando la ciudad pobre. Y si bien los desmandados no fueron solo los españoles, sino tambien, y acaso mas que ellos, los italianos y alemanes, y los flamencos mismos, bastó que el triunfo de los españoles fuera la causa de la calamidad para que creciera el odio que el país mostraba ya á los de esta nacion (1).

Tal era la situación lastimosa de las provincias de Flandes despues de la muerte de Requesens, tan y tan poco envidiable el estado de dominados y dominadores despues de catorce años de sangrientas guerras, cuando llegó á Luxemburgo el esclarecido don Juan de Austria, nombrado por Felipe II gobernador y capitán general de los Países Bajos.

(1) Mendoza, Comentarios, libro XV.—Estrada, Guerras, Déc. I, libro VIII.—Cabrera, Hist. lib. X y XI.—Archivo de Simancas, Estado, legajos 157 y 158.